



TIEMPOS DE LA LUZ AMARILLA

KALDONE G. NWEIHED

ARTICULISTA

E
Trasvase

En los semáforos reguladores del tránsito urbano, la luz amarilla es señal de cambio, advertencia para ponerse alerta los conductores. Alerta a un cambio que, en la mayoría de los sistemas, avisa la inminente irrupción de la luz roja. ¡Párate! En otros sistemas la luz amarilla se enciende también señalando cambio para avanzar: luz verde. En todo caso, lo que importa es su temporalidad, su transitoriedad, su mensaje instantáneo para que el conductor tome su decisión “a tiempo”, así sea brevísimo el lapso de la luz amarilla.

Los cambios en las vidas de los cuerpos sociales y políticos no escapan a la racionalidad del semáforo. Lo mismo en nuestras vidas privadas. ¿Estás preparada para casarte con él?, pregunta clásica de toda madre cuando la hija le revela que el señor llamado “él” se le ha declarado. Esto, en el fondo lo que está diciéndose sería: ¿dispondrás para pensarlo de suficiente luz amarilla? O cuando una empresa decide abrir varias sucursales a la vez, o cuando una pareja de jubilados opta por ir a vivir al interior porque en Caracas hay mucha delincuencia. La idea es la misma: cuánta luz amarilla se necesita para ello, porque,

evidentemente, los cambios no pueden ser bruscos.

Las terapias de shock pretenden pasar de verde a rojo o de rojo a verde, sin otorgarnos el beneficio de la luz amarilla. Ellas, como las rondas, no son siempre buenas; la nuestra pasó a la cronología bajo el sello del 27-F. No obstante, nada en la vida de los cuerpos sociales y políticos, así como en nuestro tránsito terrenal, es absoluto. Todo está regido por las tres leyes de oro de la ecología: interdependencia, limitación y complejidad.

Siendo la luz amarilla, por la esencia de su función, de duración temporal, la segunda pregunta que habrá de surgir, necesaria e ineluctable será: ¿qué hacer cuando la luz amarilla se prolonga más de la cuenta?

En el tránsito, la respuesta es, evidentemente, reparar el semáforo; en la vida real, será asimilar la transitoriedad como una excepción necesaria, pero no como una regla. Cuando el vuelo de Maiquetía a cualquier otro destino demora una hora, la línea aérea se apresura a disculparse y fijar una nueva hora de salida; si la demora pasa de cierto tiempo, debería ofrecer un refrigerio o una comida, y si se prolonga, alojamiento. La transitoriedad prolongada significa medidas excepcionales, porque las necesidades humanas y sociales, idealmente percibidas para ser satisfechas en luz verde –aunque más de la mitad

del camino se consuma en roja– seguirán exigiendo satisfacción, así sea durante los breves lapsos de luz amarilla. El hambre, la sed, las ganas de orinar, el fastidio, siguen cobrando sus respectivas cuotas al conductor y a los pasajeros, independientemente del color que brilla en el semáforo.

Esto quiere decir, en lenguaje más directo, que si la transición se torna demasiado larga, sus molestias no irían a ser menos molestas sólo porque se sabe que es transitoria, y valga la redundancia. Hay que tomar las medidas necesarias para que la sociedad la acepte sin mengua para su capacidad de aguante, exactamente como la línea aérea procura mitigar el hambre, la sed y el fastidio de los pasajeros demorados, pero sin pretender –desde luego– convertir lo temporal en algo más que eso.

Nuestro país está viviendo tiempos de luz amarilla. Se espera que habrá luz verde una vez que la nueva Constitución haya entrado en rigor y vigor. Si la mayoría evidente apuesta por el éxito del país y del gobierno en llave, todos, sin excepción, lo harán por el éxito del país.

Mientras tanto, no se puede soslayar el hecho elemental de que las necesidades no se detienen porque la transitoriedad –hasta ahora manejada afortunadamente con precisión matemática en el calendario constituyente– es teóricamente “transitoria”. Si llega el momento en que ella deje de ser percibida como tal, habría que llamar a los fiscales humanos a organizar el tráfico, mientras se ajusten los semáforos.

De una cosa podemos estar seguros: por ahora, el país tiene todas las posibilidades del mundo para soportar esta necesaria transitoriedad y salir airoso. Pero es bueno ser precavido.

Estamos justamente en un punto en el que aún se puede tolerar la no tan dulce espera sin mayores contratiempos, pero hemos de saberlo a conciencia cierta: estos son tiempos de luz amarilla que exigen buenos reflejos, para no fallar: de ello dependerá el color del semáforo: avanzar con luz verde, o quedarnos parados en la roja para que otros pasen raudos sin decirnos adiós (E)

Pensamiento global

EN UNA ESCUELA DEL ESTADO VARGAS

La tragedia vivida por Venezuela en el litoral central del Estado Vargas fue dramatizada por la Periodista Mireya Tabúas del diario el NACIONAL en uno de sus reportajes publicado el 10 de enero de 2000.

¿Clases de qué?

Maestra... ¿por qué no dijo presente la niña que se sentaba en primera fila, ni el muchacho de los dientes volados, por qué no vino el profesor de deportes? Es imposible hablar de los números romanos cuando el número de fallecidos es una interrogante, o relatar la Batalla de Carabobo cuando la guerra está allí, a diario, para buscar agua con tobos en los camiones cisternas. Habrá que empezar explicando por qué el olor a mar desapareció por completo, por qué el vecino está sentado sin hablar frente a los restos de lo que fue su casa, por qué ahora no se escucha el merengue desde la playa sino que reina un silencio desagradable y áspero. Será necesario reencontrarse con el nuevo paisaje, aprender que ahora hay ríos donde antes había calles, piedra donde había edificios, y porque los troncos –como bombas– se introdujeron por puertas y ventanas. Habrá que reconocer que fue preciso robar para comer, correr para salvar la vida, enterrar irreconocibles cuerpos entre los restos del barrio. ¿Cómo renegar de los nuevos significados que dio la inundación a las palabras? Ahora el mar es esa cosa marrón y fea, la lluvia suena a muerte, el río es un enemigo, la montaña es algo que cae y aplasta. El Avila es malo, ya dejó de verse hermoso. ¿Cómo decir en el aula que la vida sigue?

El Nacional